



W. H. W.



EL MARAGATO.



ay alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid á Galicia ó de Galicia á Madrid, antes ó despues de haberse puesto las diligencias, y tenga ademas fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas ajenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, segun el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide á dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicacion del rincon mas occidental de la monarquía con la capital, desde una época dificil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias á la Providencia por la creacion de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarian desunidos, no bastando á ligarlos las galeras que andan este largo camino. Decimoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid á la Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no prescinda del apego á los hábitos de sus mayores, y sobre todo á los maravedises y reales de plata que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que mas hondas raices tiene. Y hé aqui porque decimos que el Maragato tan bien avenido por la equidad de sus portes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas

podiera comparar algun poeta á la péndola del reló de los tiempos, viene á ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos á su llegada á Madrid páran en los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los mas sucios, incómodos y fatales no ya de la córte sino aun del resto de la Peninsula. ¿Por qué asi? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagon, hay otros que no adolecen de tan ruines manías; de manera que á no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabriamos cómo explicar un suceso que en los pocos dias que nuestros hombres residen en la capital les obliga á pasarlo peor que el mas miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden con razon llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada á ir á Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye á aligerar el espíritu, y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene mas que enviar un recado á los suso lichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonsos, Rotas, etc. en que se divide y clasifica toda la Maragatería. No menos seguro puede estar de que le cederá el *cebadero* ó mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de estambre azul rayada de blanco, y que por amor suyo ó de sus monedas (que al cabo lo mismo viene á ser impuesta la estrecha relacion del sugeto y sus haberes) alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso, y alargará por fin las comidas. Este linaje de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra, pero no mal andante, y asi solo á medias merece nuestra compasion.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tio canónigo en Santiago, ó pariente comerciante en la Coruña, tiene que llegar sin embargo á cualquiera de estos puntos! Para este no hay ni *cebadero*, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos largueza en las marchas, comidas y descansos. El dia de la salida se baja á buena hora por la calle de Segovia; alli acomodan su avio, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el portal; desde allá sobre un mulo de los de la recua que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que mas tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un ronza! capaz de desollar la de una mona, y sin mas mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos á Madrid, tal vez para decirle si es algun pretendiente desengañado, «ahí te quedas, mundo amargo.»

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, asi se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendabales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y mano de los transeuntes. A ratos á pie, á ratos sentado entre algun tercio, dormitando unas veces, cantando otras,

atendiendo las menos á la distraccion y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa á paso de tortuga las estensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeidas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un país habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

A vueltas de semejantes delicias, á vueltas de los tropezones y resabios de la mal regida bestia, y del molimiento sumo del desdichado viajero, sucede llegar á posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, ó cuando mas algun pollo ó gallina que, á semejanza del cisne canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra va á parar casi revoloteando á la cazuela para mas ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, despues de mucho andar y mas penar, llega el desdichado á las frescas orillas del Orbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla. Ya muy cerca á cuatro ó cinco leguas cuando mas, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va á representar el papel de Sancho en las bodas de Gamacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragatería por punto general la abundancia trae á la zagal suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado á paso de recua toda Castilla, sin embargo al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, sino de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar ya propios, ya ajenos, que salgan á recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, á donde suele llegar en medio de semejante cortejo, repartiendo saludos á derecha é izquierda para responder con su gravedad ordinaria á los de los vecinos y vecinas que se asoman á sus puertas á darle la bienvenida. Apéase al cabo en su casa donde su mujer sale á recibirle con mas respeto que efusion, dándole el estraño tratamiento de *vos*, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan estraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiracion, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia á que por fuerza tendría que pararse y asistir, aunque llevase el perdon de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia, porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos á insertar uno de los rasgos mas notables, persuadidos de que su simple narracion ayudará á conocer á nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin escepcion se casan en su tierra, asi es que la raza física y moralmente hablando se ha conservado pura; pero no solo se casan en su pais, sino tambien ajustándose punto por punto á la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad mas adelantada y culta, seria manantial de infinitas desventuras, pero en Maragatería nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Asi pues, cuando llega la época en que los futuros consuegros determinan casar á los mozos, el padre del novio y este se encaminan á casa de la novia, delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversacion. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aqui por su estrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* ó justillo atacado por delante con un cordon de seda que llaman *agolletas*; *vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre y *mangas*, una especie de ellas sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asimismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza.—Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordon de seda; chaleco de grana con bordados tambien de seda á la portezuela; *bragas* ó calzones anchos, calzones negros (*botines*) *cintas* (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo comun y calzoneillos con cordon de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro dia no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa, y entonces el padrino, el padre de la novia y demas convidados del sexo feo, se dirigen á casa del novio precedidos de la gaita y de los amigos solteros de este, llamados en esta ocasion *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla y recibiendo la bendicion de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina á la habitacion de su futura. Las solteras amigas de esta, estan ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de salir para la iglesia, la joven deshecha en llanto recibe á su vez la bendicion paterna. Emprende entonces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y esta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia, El cura está ya aguardando

en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo órden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que mas corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demas entre los concurrentes en menudísimas porciones. Diríjense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el pais, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas, entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, y tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasion. Despues de la comida *se ofrece*, es decir; saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel dia, pide para los utensilios de su amiga, como ruca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzarse entonces, no los manteles porque la mesa sigue puesta todo el dia, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recién casados, y si buenamente no se las dán tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen á encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun despues tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar á ellos, y es, que á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el dia de la tornaboda y los esposos despues de almorzar juntos, se encaminan á la iglesia con los mismos trámites que el dia anterior, oyen su misa y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el bollo de la boda que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda. —Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el dia de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cavalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entonces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la esplicacion de todas las estrañezas que ha observado diciendo para su capote; «esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesion notable, á pesar de los embates del tiempo y de la civilizacion, y un aparte en esta tierra de las escepciones y anomalías.» Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demas para fortuna suya lo duro del viaje está vencido, tanto por ha-

ber tenido ya tiempo de acostumbrarse á las delicias de la albarda, cuanto porque el pais que va á cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega á Santiago ó á la Coruña, y allí se despide de su guia y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recién examinado y conserva aun algun rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

Immanis pecoris curtos immanior ipse.

Como quiera, el Maragato que no entiende latin y ademas se encuentra con sus ochavos, asi se le dá de semejantes alusiones como de las nubes de antaño. No por eso dejará de volver á hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, ó la vejaz le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real ó aristocrática por lo menos de Maragateria que tiene numerosa récua y abundante peculio. Otros hay que mas pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, á los cuales pertenece la escelente y característica estampa que acompaña. Aquellos suelen ser los que conducen á Valladolid ó Santiago los estudiantes del Bierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan á los mulos de su reposado movimiento, y van á prevenir posada á su dueño en la universidad con un dia de anticipacion. Asi y todo son carga muy beneficosa, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan tambien.

Por lo demas cualquiera que sea la ocupacion y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta coleccion que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos se pasarán afortunadamente antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente, porque aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura social le afean no poco, en cambio conserva todavia una honradez á toda prueba y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfeccion sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fé que quedó escrita con sangre en el leño de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofia en una sola palabra; «Caridad.»

ENRIQUE GIL.

